

LA SEÑORA DOLORES, CURANDERA DE VERRUGAS

A la Señora Dolores, la curandera de verrugas, la recuerdo como una entrañable y venerable anciana, que vivía en el Barrio del Camino, con su hijo.

Esta señora era uno de los polos de atracción de Bubierca, al que se acercaban un buen número de forasteros, por su fama para quitar las verrugas.

Creo recordar que nunca cobraba nada por sus habilidades. La valoración de su trabajo, siempre quedaba a la voluntad de sus pacientes.

Afortunadamente, yo también probé su infalible medicina. Nunca se me olvidará un día de principio de verano, cuando sentada junto a la Señora Carmen, en la calle Bajera, frente a la casa de esta última, me llamó con voz dulce y mucho cariño, para preguntarme si quería que ella me quitara mis verrugas.

La verdad es que yo tenía unas cuantas verrugas en las manos, codos, y barbilla, que a veces me sangraban, si me rozaba con cualquier cosa. Hecho este, altamente probable en un niño de mi edad..

Una vez dado mi consentimiento. Me mandó ponerme de rodillas frente a ella. A continuación, me puso su mano izquierda suavemente encima de mi cabeza; y con la derecha me hizo varias cruces sobre mis verrugas. Mientras tanto, pronunciaba unas palabras en un tono tan bajo, que resultaban ininteligibles para mí. Al finalizar, me dijo que para San Miguel, ya no tendría verrugas.

La verdad es que las verrugas desaparecieron para siempre; por lo que le estoy eternamente agradecido.

ANGEL, EL SILLERO

Recuerdo a Ángel, el sillero, con una edad indefinida. Tal vez su edad se aproximara mas a la cuarentena que a la treintena. Su tono de piel moreno, y su aspecto poco aseado, me hacían dudar de su edad real en aquel tiempo.

Vivía en el Barrio del Camino, con su anciana madre. No recuerdo que tuvieran mas familia en el pueblo. Ni tampoco tenía demasiada vida social con el resto de habitantes. Probablemente, carecían de luz eléctrica; porque se alumbraban con candiles, y con la lumbre del hogar. La verdad, es que tanto en su casa como en su aspecto e indumentaria, donde destacaba una prenda de abrigo negruzco, no prevalecía otro color que no fuera el negro, con diferentes matices.

Pero las habilidades de Ángel, superaban en importancia cualquier cosa a los ojos de un niño. El apelativo por el que se le conocía “sillero”, decía mucho de su habilidad para fabricar a mano sillas, con sus correspondientes asientos de anea. También era estañador de cualquier utensilio de metal. Principalmente de enseres de cocina.

Aunque lo que me ponía los ojos como platos, eran sus habilidades para jugar al “ocho americano”, o para esconder una bolita minúscula de papel, debajo de tres chapas del cierre de las botellas de cerveza, a las que movía con sus manos, a velocidad de vértigo.

El “ocho americano”, era un lazo que hacía con un cordón, simulando un ocho. De forma que, el apostante ponía el dedo dentro de uno de los círculos del ocho; mientras que Ángel tiraba de una de las puntas del lazo. Si el lazo se anudaba en el dedo del apostante, ganaba este la apuesta. Por el contrario, si no se anudaba el dedo, ganaba Ángel la apuesta. La verdad es que ganaba siempre quien Ángel quería.

Lo mismo ocurría con la minúscula bola de papel y las chapas. Estoy convencido, que la bola de papel, la ponía Ángel debajo de la chapa que el quería, al realizar el movimiento con las manos para levantar la chapa señalada por el apostante, en primer lugar, y las otras dos a continuación. Pero, era tal la habilidad de Ángel, que nunca le descubríais sus trucos.

Se encontraba en su salsa, en las fiestas de los pueblos de la comarca. Contra mas gente hubiera en la fiesta; mas posibilidades de ganar algún dinero tenía Ángel con los apostantes.

PASCUAL, HABLABA FRANCES

En Bubberca, todos sabían donde estaba el Bar de la Mercedes. Pero nadie nombraba a su marido Pascual, salvo que apareciera algún extranjero por el pueblo, que hubiera llegado transitando la carretera nacional dos.

A Pascual, le recuerdo ya cerca de la edad de jubilación, aunque con un gran dinamismo, iniciativa, y buen trato con todos. Características estas imprescindibles para regentar con éxito su negocio.

En aquellos años donde se vivía la incipiente llegada del turismo a España, pocos pueblos tenían alguien que hablara el idioma francés. Ni tan siquiera los maestros de la Escuela Nacional.

Para mi, fue un referente para comenzar a estudiar este idioma, a mi llegada al colegio de Valladolid; lugar donde cursé mis estudios a partir de los doce años de edad.

Su bar, tenía como reclamo, un cartel bien visible rotulado con la expresión siguiente: **“ON PARLE FRANÇAIS”**. Decía: “se habla francés”, en el idioma castellano. Estaba situado en un lugar tan estratégico como era la carretera nacional dos, en la plaza del pueblo, y con sitio para aparcar los vehículos.

Desconozco las razones por las que Pascual vivió durante algunos años en Francia, donde aprendió su idioma. No se si fue un emigrante económico, o un exiliado político tras la guerra civil. Ambas posibilidades eran de lo mas habituales en la época. Pero en aquellos años de infancia, yo no me hacía estas preguntas.

Lo que entonces me importaba eran sus aceitunas, patatas fritas, kas, y sus vasos de agua. Así como aquellas emocionantes sesiones de televisión, presenciando toros, fútbol, o boxeo. Todo ello aderezado con la excelente acogida que nos dispensaban Pascual y Mercedes en su bar.